En el amor y en la guerra

EVIE DUNMORE

Libros de seda

Para Brad y Judy,
dos buenas personas en todos los sentidos
que siempre sacan lo mejor de mí.

Capítulo 1

Buckinghamshire, verano de 1865

No era adecuado que las jóvenes se tumbaran sobre la alfombra de la biblioteca y jugaran partidas de ajedrez contra sí mismas. Tampoco debían llenarse la boca de caramelos antes de desayunar. Lucie era muy consciente de esas normas. Pero estaba en plenas vacaciones de verano y en el momento más álgido y aburrido de las mismas: Tommy había vuelto de Eton transformado en un pedante mojigato al que ya no le apetecía jugar con chicas. La prima Cecily, recién llegada, era ese tipo de niña que lloraba a las primeras de cambio. Y, con sus trece años casi recién cumplidos, Lucie se daba cuenta de que todavía era demasiado joven para tener que conformarse con morirse de aburrimiento siguiendo las reglas sociales del decoro. Por otra parte, seguro que también pensaba que enfrentarse a las normas era una forma muy noble de morir. No obstante, para su madre, la condesa de Wycliffe, en una joven cualquier cosa era preferible a un comportamiento poco femenino.

El olor a cuero y polvo permanecía en sus fosas nasales y la biblioteca seguía en un agradable silencio. El sol de la mañana iluminaba el tablero de ajedrez y hacía que la reina blanca brillara como un faro. Estaba en peligro, pues un maligno caballo le había tendido una trampa y su majestad ahora tenía que escoger entre sacrificarse para proteger al rey o dejarlo caer. Los dedos de Lucie gravitaban indecisos sobre la brillante reina de marfil.

Oyó unos pasos rápidos procedentes del pasillo.

Los delicados tacones de su madre... ¡Pero si su madre nunca corría!

La puerta se abrió de un golpe.

—¿Cómo has podido? ¿Pero cómo has podido?

Lucie se quedó helada. La voz de la condesa temblaba de ira.

La puerta se cerró de un portazo tan fuerte que tembló hasta el suelo.

—Delante de todo el mundo, con el salón de baile lleno...

—Vamos, por favor. ¿De verdad tienes que montar un escándalo por esa tontería?

Se le cayó el alma a los pies. Era su padre el que había hablado, con tono cortante y de hartura.

—¡Todo el mundo se ha enterado! ¡Y yo en la cama, ajena a todo!

—¡Por Dios bendito! El que la ruin esposa de Rochester se defina a sí misma como amiga tuya es algo que se me escapa... te llena los oídos de chismes y, mírate, desvariando como una loca. Tenía que haberla echado ayer por la noche. Es muy propio de ella autoinvitarse y, de paso, hacerlo presentándose en casa cuando ya era de noche...

—Se va a quedar —espetó su madre de forma desabrida—. ¡Debe quedarse! Es una mujer honesta atrapada en un nido de serpientes.

Su padre rio sarcásticamente.

—¿Lady Rochester honesta? ¿Es que no has visto a su hijo, ese enano pelirrojo más raro que un perro verde? Me jugaría mil libras a que ni siquiera lo engendró Rochester...

—¿Y qué me dices de ti mismo, Wycliffe? ¿Cuántos hijos has engendrado con tus queridas?

—Bueno, no me vengas con esas, mujer. No está a tu altura.

Se produjo una pausa, que fue creciendo y espesándose como una manta de plomo.

A Lucie le latía el corazón tan fuerte que parecía notar los golpes, enérgicos y dolorosos, contra las costillas. Sonaban tanto que sus padres tenían que oírlos.

Un sollozo rompió el silencio y le golpeó en el estómago como un puñetazo. Su madre estaba llorando.

—Thomas, te lo suplico. ¿Qué he hecho tan mal como para que no me garantices ni siquiera la discreción?

—¿Me pides discreción? ¡Pero si tus chillidos se pueden oír a kilómetros de distancia!

—Te he dado a Tommy —dijo entre sollozos—. Estuve a punto de morir en el parto y, a pesar de ello, te mostraste en público en compañía de esa... persona. ¡Delante de todo el mundo!

—¡Señor, dame paciencia! ¿Por qué me ha tocado en suerte una mujer tan melodramática?

—Yo te amo, Thomas. Te amo de veras. ¿Por qué no me quieres tú a mí?

Su padre soltó un gruñido de impaciencia.

—Te quiero lo suficiente, aunque tu histeria lo convierte en todo un reto.

—¿Y por qué me provocas? —insistió mamá— ¿Por qué no te basta conmigo?

—Pues porque soy un hombre, querida. ¿Puedo disfrutar de un rato de paz en la biblioteca, si no es molestia?

Un momento de dudoso silencio, y finalmente un suspiro que sonó a rendición.

Le llegó el ruido de una puerta lejana al cerrarse. Lucie tenía la boca llena de caramelos, y en ese momento una especie de rugido interior le llenó los oídos. Tenía que respirar por la boca. Pero seguro que su padre la iba a oír.

Podía evitarlo. No respiraría. No podía hacerlo.

El ruido de un encendedor. Wycliffe había encendido un cigarrillo. Crujió la madera del suelo. Y después el cuero del sillón. Se había sentado.

Le ardían los pulmones y tenía los dedos blancos como si fueran de marfil, extraños y en forma de garras como las líneas de la alfombra.

Pero seguía sin hacer ningún ruido. El rey y la reina del tablero aparecían borrosos ante los ojos.

Podía seguir sin respirar.

Su visión empezó a oscurecerse. Parecía que nunca fuera a volver a respirar.

Crujido de papeles. El conde estaba leyendo el periódico de la mañana.

A un kilómetro de la biblioteca, en lo más profundo del bosque de Wycliffe Park, Tristán Ballentine, el segundo hijo del conde de Rochester, acababa de tomar la decisión de pasar todos los veranos de su vida futura en Wycliffe Hall. Tendría que hacerse amigo de Tommy, el mayor cerdo de Eton, para llevar a cabo su plan, pero esos paseos mañaneros solitarios merecían de sobra el esfuerzo. Al contrario que los jardines de la mansión familiar, en los que cada seto se cuidaba con mimo, Wycliffe Park dejaba medrar a la naturaleza sin cortapisa de ningún tipo. Árboles de troncos retorcidos. Arbustos por todas partes. El aire impregnado de la fragancia de las flores del bosque. Además, había encontrado un lugar de lo más adecuado para

leer a los clásicos: un claro de forma circular al final de una senda fácil de recorrer. Y con una roca lisa en el centro.

El rocío le empapó las perneras de los pantalones mientras rodeaba el monolito, que se parecía sospechosamente a un dolmen colocado allí mágicamente a propósito, posiblemente por hadas, al principio de los tiempos. Evidentemente, a los doce años ya era demasiado mayor como para creer en hadas. Su padre se lo había dejado más que claro. La poesía también estaba prohibida en el castillo de Ashdown. El romanticismo no formaba parte del lema de la familia Ballentine, «Valor y vigor». Pero, estando allí, ¿quién iba a descubrirle, o a verle? Su ejemplar de *Baladas líricas* de Coleridge no corría el menor peligro.

Se quitó el abrigo, lo dejó sobre la hierba e hizo un intento de tumbarse boca arriba sobre él. La fina tela de los pantalones le rozó el trasero, y dio un respingo, dolorido. Su padre llevaba a cabo sus enseñanzas diarias armado siempre con una vara. Y ayer, el conde se había aplicado a usarla sin piedad. Por eso su madre lo había agarrado a él, Tristán; él había agarrado sus libros, y todos habían ido a casa de la amiga de mamá, lady Wycliffe, para pasar el verano allí, invitados y asilados.

Intentó encontrar una postura cómoda moviéndose de un lado a otro, hasta que se rindió. Empezó a desabotonarse los malditos pantalones y, en ese preciso momento, la tierra comenzó a temblar.

Se quedó helado.

Agarró el abrigo y se escondió detrás de la piedra justo en el instante en el que un caballo negro apareció como un trueno por el sendero. Era un animal magnífico, con el pelo brillante por el sudor y echando vaho por el bocado. El tipo de garañón que montan héroes y reyes. Se detuvo de repente en el claro, despidiendo briznas de hierba con los cascos debido al súbito frenazo.

Tristán dio un grito ahogado de asombro.

El jinete no era un rey. Ni tampoco un héroe. Ni tan siquiera era un hombre.

Era una chica.

Llevaba botas de montar y pantalones bombachos como los chicos, pero no cabía la menor duda: era una chica. Una cascada de pelo rubio muy claro le caía por la espalda e iba flotando a su alrededor como un velo de seda cuando el caballo pivotó.

No se habría podido mover de haberlo deseado. Estaba deslumbrado, con la mirada fija en la cara de la chica. ¿Era real? Su cara era... la perfección. Delicada, con forma de corazón, de cejas abiertas y aladas y barbilla obstinada y ligeramente en punta. ¡Un hada!

Pero tenía las mejillas sonrosadas y los labios muy apretados, formando una fina línea recta. Parecía preparada para entrar en batalla a lomos de la bestia negra...

Se preparó para desmontar, y él se escondió aún más detrás del monolito. No lo vería a no ser que se asomara. Se le quedó la boca seca. ¿Qué iba a decir? ¿Qué se le puede decir a una chica tan adorable y salvaje?

La aparición bajó a tierra con suavidad. Le susurró algo al semental. Y desapareció.

Estiró el cuello. La chica ya no estaba. Avanzó poco a poco. Se agachó mínimamente y la vio tumbada de espaldas sobre la hierba, con los delgados brazos abiertos en cruz.

Tenía que acercarse un poco más... bastante más. Se estiró para tener mejor visión.

Tenía los ojos cerrados. Las pestañas, largas y oscuras, descansaban sobre las ahora pálidas mejillas. Los brillantes mechones de pelo revoloteaban alrededor de su cabeza como rayos de un frío sol de invierno.

El corazón le latía a enorme velocidad. Surgía de él una urgencia desconocida, pero también una especie de pavor. Se trataba de una impensable y preciosa oportunidad para la que no estaba preparado. No sabía que existieran chicas de esa clase, aparte de en los cuentos de hadas y en los libros sobre princesas de sagas nórdicas que leía en secreto...

Un airado relincho rompió el silencio. El garañón se aproximaba con las orejas erguidas y enseñando los dientes.

—¡Demonios! —exclamó Tristán.

La chica abrió los ojos de repente. Se miraron, ella tumbada de espaldas, él acechante.

Se puso en pie de un salto.

—¡Te has colado en nuestra finca!

Le había parecido de baja estatura, aunque tenía los ojos casi a la altura de los de él.

Procuró esbozar una sonrisa de circunstancias.

—No, yo...

Entrecerró los ojos grises y lo miró de forma agresiva.

—Sé quién eres. El hijo de lady Rochester.

Recordó que debía inclinar la cabeza. Y lo hizo muy educadamente, la verdad.

—Tristán Ballentine. A su servicio.

—¡Me estabas espiando!

—No... bueno, sí. Un poco —admitió, porque era verdad.

Era el peor momento para acordarse de que llevaba los pantalones medio desabrochados. Se llevó las manos a los botones de forma instintiva, y la chica siguió el movimiento con la mirada.

Se quedó con la boca abierta.

Lo siguiente fue ver cómo la mano de ella volaba y sentir un intenso dolor en la mejilla. Se tambaleó desorientado y se tocó la cara. Temía que se le hubiera llenado de sangre.

Se miró la mano y después la miró a ella.

—Creo que eso no era necesario.

Le pareció captar en ella un gesto de inseguridad, incluso de arrepentimiento, que solo duró unas décimas de segundo. Inmediatamente volvió a alzar la mano con renovados bríos.

—Pues todavía no has visto nada —espetó—. Y ahora déjame en paz... enano pelirrojo.

Se ruborizó, y no precisamente por la bofetada. Sabía que apenas había crecido un par de centímetros desde su cumpleaños y sí, le preocupaba mucho que la famosa gran estatura de los Ballentine no fuera una de sus características. Marcus lo llamaba «el canijo». Cerró el puño. Si fuera un chico, se hubiera lanzado a por ella. Pero un caballero nunca le levanta la mano a una dama, ni siquiera aunque se lo mereciera, como era el caso. Marcus, el propio Marcus, habría sabido cómo tratar a esta elfina salvaje con aplomo y propiedad. Lo único que pudo hacer Tristán fue retirarse apresuradamente con la mejilla todavía ardiendo por el sopapo. Las *Baladas líricas* se quedaron tiradas en la hierba.

Capítulo 2

Londres, 1880

Si fuera un hombre esto nunca habría pasado. No la habrían dejado esperando en un lóbrego antedespacho contando los latidos de un viejo reloj de péndulo. La secretaria no le estaría lanzando miradas de sospecha desde detrás del escritorio primorosamente ordenado. De hecho, hoy ella no estaría aquí, pues el señor Barnes, el editor y actual dueño de la mitad de la empresa London Print, habría firmado el contrato la semana anterior. Por el contrario, al parecer «había encontrado algunos problemas» para cerrar el trato. Por supuesto. Había cosas que una mujer podía hacer precisamente por serlo, como por ejemplo desmayarse al sufrir un mínimo contratiempo, pero también había otras que no le estaban permitidas por el hecho de ser una fémina. Al parecer, una mujer sencillamente no podía hacerse con el cincuenta por ciento de una empresa editorial.

Apoyó la espalda contra la oscura pared, recordando tarde que llevaba sombrero, cuando oyó el crujido de la tela.

Estaba muy cerca. Se habían estrechado las manos tras llegar a un principio de acuerdo; Barnes estaba deseando firmar la venta cuanto antes para emigrar a la India. Como siempre en su ámbito de trabajo, solo se trataba de esperar con paciencia. Pero, por desgracia, la paciencia no era una de sus virtudes.

Cerró los ojos y empezó a hacer un recorrido virtual por London Print. Desde el exterior, la sede de la compañía editorial tenía un aspecto moderno y atrayente: un edificio de cuatro plantas, con fachada de granito gris pulido y brillante, localizado en una calle bastante céntrica y cara de Londres. Muy apropiado para una empresa cuyas dos revistas periódicas de mayor éxito llegaban cada mes a más de ochenta mil mujeres de clase media y alta. No obstante, las oficinas eran tan inadecuadas como las decisiones editoriales que se tomaban: escritorios pequeños, despachos

sombríos y la entrada trasera que llevaba a una escalera de servicio llena de telarañas, obligatoria para la única mujer que trabajaba en las oficinas, la hija del señor Barnes, que sabía escribir a máquina. Si lograba cerrar la compra, lo primero que haría sería cerrar esa entrada.

Abrió los ojos al oír el sonido de un timbre.

La secretaria se había levantado y estaba junto a ella.

—Lady Lucinda, si tiene la bondad...

Al entrar en la oficina, el señor Barnes se aproximó a ella con sus habituales andares apresurados. Le recogió el sombrero y el abrigo de *tweed* y los colocó en un colgador bastante saturado de prendas. Después le ofreció un té mientras se sentaba al escritorio frente a él, ofrecimiento que declinó, ya que tenía que llegar a tiempo al tren de vuelta a Oxford y no podía demorarse mucho más.

Más miradas subrepticias desde la mesa de la escribiente del señor Barnes, situada en la esquina izquierda del despacho. La verdad es que innecesarias, dado que la joven ya la había visto antes en persona. Inclinó la cabeza en dirección a ella y la señorita Barnes bajó inmediatamente los ojos hacia su teclado. ¡Por los clavos de Cristo! Era la líder del movimiento sufragista local, no una delincuente que anduviera suelta por las calles. Aunque, la verdad, para bastante gente ambas cosas eran lo mismo.

El señor Barnes también la miraba con recelo.

—Es la junta —explicó—. En estos momentos la junta no tiene claro por qué está usted interesada en hacerse con revistas como *Semanario de casas del condado* y *Revista para mujeres con criterio*.

—No quiero hacerme con ellas, sino compartir la propiedad —corrigió Lucie—, y mis razones son las mismas que he esgrimido siempre: esas revistas llegan casi a todas partes, tienen un público muy amplio y su potencial de crecimiento es todavía grande, y la adquisición de *El rincón de los poemas* deja claro que London Print es perfectamente capaz de introducirse con éxito en el mercado del libro. Cualquiera con algún conocimiento del negocio editorial estaría interesado, señor Barnes.

Pero lo más importante era que solo había otros dos accionistas, cada uno de ellos con el veinticinco por ciento de London Print. Los dos silenciosos y además uno de ellos residía en el extranjero. Por ello, con la otra mitad de las acciones, el control de la línea editorial y la toma de decisiones sin oposición estaban asegurados.

—Eso es cierto, sin duda —confirmó el señor Barnes—, pero hasta nuestra última reunión la junta no estaba al tanto de que detrás de Consorcio de Inversiones estaba usted.

—No veo de qué manera afecta eso a nuestro acuerdo.

El señor Barnes se llevó la mano a la corbata. El brillo sudoroso de la calva que tenía era una pista de su estado de agitación. Lucie provocaba esa reacción de forma casi invariable: ponía nerviosa a la gente. «Es porque eres muy directa», razonaba Hattie. «Quizá deberías sonreír más para asustar menos».

Le enseñó los dientes al señor Barnes en lo que consideró una sonrisa, a modo de probatura.

Pareció aún más alarmado.

Se quitó los lentes y los plegó antes de mirarla de nuevo a los ojos.

—Milady, ¿puedo ser franco con usted?

—Por favor —contestó algo aliviada.

—Es usted muy activa en política —se atrevió a decir el señor Barnes.

—Ya... soy la dirigente principal del movimiento sufragista británico.

—Por supuesto. Y por ello, como usted debe ya saber, su figura es un tanto... controvertida. Creo recordar que un artículo reciente de *The Times* la calificaba más o menos así.

—Creo que el artículo utilizaba los términos «pesada insufrible» y «arpía conflictiva».

—Pues es posible... —dijo el señor Barnes con apuro—. Y, como es lógico, la junta se pregunta por qué alguien que desea subvertir el orden social imperante tiene interés en poseer esas revistas de tan amplia y variada cobertura, y no digamos ya una línea de poesía romántica.

—Vaya, eso suena a que la junta piensa que tengo motivos ocultos para la compra, señor Barnes —dijo hablando con mucha calma—. Como si en realidad mi motivación no fuera que se trata de un buen negocio, en función de nuestros intereses de inversión en el consorcio, sino que lo que tengo en mente es empezar una revolución agitando a mujeres respetables por medio de sus revistas.

Barnes rio sin convicción. Estaba claro que lo que se temía era precisamente lo que acababa de decir.

—Por supuesto que no —dijo—. En ese caso la pérdida de lectoras sería tremenda.

—Totalmente de acuerdo. Dejemos que los esfuerzos revolucionarios los haga *La ciudadana femenina,* y no el movimiento sufragista.

El señor Barnes hizo una mueca ante la mención del panfleto feminista radical. Se recuperó de inmediato.

—Debo decirle, con el debido respeto, que el hecho de publicar debería implicar cierta pasión por el contenido de lo que se publique. Y nuestras dos revistas se centran en cuestiones relevantes para las damas de buena cuna.

—Lo cual no supone ningún problema —dijo Lucie—, teniendo en cuenta de que yo misma lo soy. —«Al contrario que usted, señor Barnes».

El hombre parecía estar bastante confuso.

—Pero estas revistas tratan asuntos... adecuados para las damas: la moda, la gestión del hogar, la vida familiar feliz y convencional... —Se volvió hacia la esquina en la que su hija había dejado de teclear hacía bastante—. ¿No es así, Beatriz?

—Sí, padre —contestó la señorita Barnes al instante. Estaba claro que no perdía ripio de la conversación.

Lucie se volvió hacia ella.

—Señorita Barnes, ¿usted lee *Semanario de casas del condado* y *Revista para mujeres con criterio*?

—Por supuesto, milady, cada ejemplar.

—¿Y está usted casada?

Al momento, a la joven se le pusieron las mejillas coloradas.

—No, milady.

—Muy inteligente por su parte. —Se volvió hacia el señor Barnes—. Dado que la señorita Barnes lee con interés ambas revistas, podemos concluir que ser una mujer soltera no implica falta de interés en asuntos... adecuados para las damas.

El caballero estaba ahora en evidente desventaja.

—Pero la diferencia podría estar en que el proyecto vital de mi hija implica tales cosas, y bastante pronto.

Ya.

Mientras que ella, Lucie, no tenía ese proyecto vital. Un hogar. Una feliz vida familiar. Su línea de pensamiento se interrumpió brevemente. Y era extraño, porque en realidad no debería. No poseía los atributos que

normalmente encantaban a los hombres, como la figura de curvas suaves y los cálidos ojos de la señorita Barnes, que prometía todo el confort doméstico que un hombre pudiera desear. No. Ella era una activista política que se acercaba a la treintena. No es que se hubiera quedado para vestir santos, sino que ella, en sí misma, era un santo al que vestir. No había ni un solo caballero en toda Inglaterra interesado en lo que pudiera ofrecer. Y es que tenía que admitir que lo que podía ofrecer era muy escaso. En la sala de estar había una máquina de imprimir, y su vida gravitaba entre «la causa» y una gata que solicitaba muchas atenciones. No había sitio en su vida para la exigente presencia de un hombre, siempre ávido de atención y cuidados. Además, su campaña más activa y actual era contra la Ley de Propiedad de las Mujeres Casadas. Esa era la razón fundamental por la que estaba allí sentada negociando, o lo que fuera, con el señor Barnes. A no ser que la ley fuera enmendada o abolida, perdería su modesto legado en favor de un futuro marido en cuanto se casara. También perdería el nombre y el estatus personal y legal. Es decir, literalmente se convertiría en una posesión más de dicho marido. Como consecuencia, de no cambiar esa ley, el derecho al voto quedaría para siempre fuera del alcance de las mujeres, fuera cual fuese su condición. Una horrible perspectiva. Así que lo que deseaba era tener una voz, y London Print se la garantizaba. Pero, al parecer, iban a negársela.

Reflexionó acerca de lo que iba a decir ahora. No había convencido personalmente a una docena de damas pudientes para que invirtieran en su potencial empresa para decirles que se había quedado a pocos pasos de llegar a la meta. ¿Sabía Barnes lo tremendamente difícil que era encontrar una decena de mujeres de clase alta en Gran Bretaña que pudieran gastar su dinero como les apeteciera?

Su voz surgió fría como un témpano.

—Como supongo que sabrá, la duquesa de Montgomery forma parte del consorcio de inversiones que presido.

El señor Barnes dio un ligero respingo en el asiento.

—Por supuesto.

Lo miró con gesto grave.

—La llamaré pronto para informarle de nuestros progresos. Me temo que no le sentaría muy bien saber que su inversión no está siendo... acogida de la manera más adecuada.

Y una duquesa descontenta implicaba de forma directa un duque descontento. Un poderoso duque descontento, cuyos tentáculos llegaban hasta la India.

El señor Barnes sacó un pañuelo del bolsillo interior y se secó la frente.

—Presentaré sus... argumentos a la junta —dijo—. Supongo que aclararán adecuadamente todas las dudas.

—Hágalo, por favor.

—Le sugiero que nos volvamos a ver a comienzos de la semana próxima, si le viene bien.

—Entonces lo veré el próximo martes, si le parece a la misma hora que hoy, señor Barnes.

***

Al salir de la estación, las torres de Oxford y los tejados de plomo oscuro se veían difuminados a la luz crepuscular. Los dorados edificios de arenisca de la universidad aún refulgían con los últimos rayos del sol, que estaba a punto de ocultarse. Generalmente, la contemplación de la vieja ciudad universitaria suavizaba cualquier estado de ánimo adverso que se trajera de Londres. La estructura de los edificios académicos apenas había cambiado desde la época de la última cruzada, e imprimía un carácter indeleble al centro de la ciudad, igual que las tradiciones académicas inundaban el tejido social de Oxford. Eso suponía un sentido de permanencia muy reconfortante, y era la razón por la que se había establecido allí hacía ya diez años. Por supuesto, había otras razones por las que se había decidido a vivir allí, y la principal era que la vida en ella resultaba mucho más barata que en la capital. Además, aunque alejada del siempre cercano y agobiante control social de Londres, seguía estando lo suficientemente cerca de Westminster por tren. Lamentaba que los colegios mayores para señoritas solo hubieran abierto hacía un año, cuando ella ya era demasiado mayor, y por supuesto demasiado conocida y connotada como para matricularse. Sin embargo, había podido contratar como tutores algunos profesores universitarios importantes para recibir clases particulares y así mejorar su preparación en latín y álgebra. Pero, por encima de todo, había escogido Oxford porque el tiempo apenas había hecho mella en la ciudad. Un simple paseo por ella ponía las cosas en perspectiva: ¿qué importancia

tenía que una joven hubiera sido expulsada de su casa frente a estas paredes de setecientos años de antigüedad que preservaban y ampliaban lo más granado del conocimiento humano? A menos de un kilómetro de su casa de Norham Gardens habían desarrollado su labor genios como Newton, Locke y Bentham. En las escasas ocasiones en las que se sentía deprimida, se imaginaba a esas mentes brillantes, desaparecidas hacía largo tiempo, rodeándola como espectros familiares, murmurando palabras de apoyo dado que ellos, en su momento, también habían apoyado causas sociales e intelectuales que otros consideraban fuera de la lógica y del sentido.

De todas formas, esa noche la ciudad no logró elevarle la moral. Cuando llegó a la puerta de su casa aún la invadía una emoción negativa que, además, se incrementaba con tal cansancio que hasta le dolían las piernas. Ya no eran horas para hacer una visita a sus amigas, aunque seguramente Catriona todavía estaría trabajando en algún viejo manuscrito en el piso que tenía su padre en St. John's... Abrió el cerrojo de la puerta principal. Lamentarse de la falta de carácter de Barnes no iba a acabar con su preocupación. Lo que sí que le vendría bien sería un largo paseo a caballo para poner a tono las articulaciones. Pero llevaba casi diez años sin ver a su caballo; de hecho, desde que se había marchado de Wycliffe Hall. Su magnífico garañón debía de llevar años fallecido. Avanzó por el oscuro pasillo preguntándose si debería dejar de usar su título. Solo era lady nominalmente, y durante poco tiempo.

Saludó con una inclinación a la tía Honoria, presente como siempre en el retrato de la pared, y se detuvo ante la puerta de la sala de estar. Esbozó una sonrisa irónica. No, esta no era la residencia de una mujer de la nobleza. La maltratada mesa del centro de la habitación estaba rodeada de sillas desparejadas y cubierta de mapas, tazas de té vacías y escritos sufragistas sin terminar. La máquina de coser apoyada en le pared de la izquierda se utilizaba sobre todo para confeccionar pancartas y carteles propagandísticos. Había una planta muerta del tamaño y altura de un hombre en la esquina de la derecha. Sobre la repisa de la chimenea no había ninguna invitación cursada por alguna familia perteneciente a la alta sociedad; por el contrario, la pared de alrededor estaba llena de recortes de periódico y, presidiendo, un cartel con su frase favorita de Mary Wollstonecraft: «No quiero mujeres que tengan poder sobre los hombres, sino sobre ellas mismas».

Y, lo que era aún peor, esta habitación había albergado prostitutas de los burdeles de Oxford, que habían sabido de su existencia por el boca a boca y acudido a recibir consejo. También a veces había recibido a mujeres solteras mortificadas para recabar información sobre métodos anticonceptivos. De hecho, en un pequeño armario de madera de cerezo de aspecto inocuo, guardaba ese tipo de cosas, convenientemente camufladas. Ni siquiera sus amigas tenían información sobre ese armario o esas visitas, pues, aunque «salvar a mujeres descarriadas» se había convertido en una especie de moda bajo el gobierno liberal de Gladstone, ella en realidad no estaba salvando a nadie: ayudaba a sus visitantes en cuestiones prácticas, procurando que no se produjeran escándalos. Sí, la mayor parte de las damas pensaban que sus «remedios» eran preferibles a una desaparición de escena apresurada.

Notó la suave presión de unas patas peludas y negras. *Boudicca* se deslizó por encima de la falda y se acurrucó sobre su hombro izquierdo.

—Buenas noches, gatita. —Su pelo, liso y brillante, resultaba cálido y suave junto a la mejilla.

Boudicca le paseó la nariz por la frente.

—¿Has pasado un buen día? —musitó.

Otra sacudida del animal. La acarició suavemente desde la cabeza hasta el lomo. Satisfecha, *Boudicca* bajó al suelo de un salto y se colocó en su sitio habitual en una esquina junto al fuego, con la cola enhiesta y terminada en un punto de color blanco, como un signo de admiración.

Lucie se quitó el bolso del hombro con un gruñido. Todavía tenía trabajo que hacer, y debía comer algo, pues el estómago no paraba de llamar su atención a fuerza de hacer unos ruidos muy poco femeninos, tras un día sin almuerzo ni té.

La señora Heath, acostumbrada desde hacía tiempo a sus malos hábitos alimenticios, había dejado un bol lleno de estofado frío encima del fogón de la cocina. El periódico del día esperaba en la mesa junto a un bol limpio.

Lo ojeó al tiempo que comía, chasqueando la lengua al leer los comentarios políticos. En la sección de anuncios matrimoniales, un granjero que decía ingresar doscientas libras al año buscaba una mujer de unos cuarenta años para cuidar de sus cerdos y sus cinco hijos, en este orden. En este caso, el chasquido fue muy sonoro e impetuoso. Al volver al salón, ya informada y habiendo comido, la noche había caído tras las cortinas cerradas.

Esa noche se le había acumulado un enorme montón de correspondencia en la esquina del escritorio correspondiente a la sección de educación para la mujer. Apenas había empezado a escribir cuando oyó el sonido de unas risas. La de timbre más agudo pertenecía a Mabel, lady Henley, una viuda y sufragista arrendataria de la mitad adyacente de su casa con terraza alquilada. Este arreglo les venía bien a ambas, pues cubría el expediente de la regla que no permitía vivir solas a las mujeres jóvenes solteras. Pero hoy la risa sonaba como si lady Henley estuviera justo delante de su ventana, y conociéndola sabía que solo había una razón para que la dama gorjeara como una debutante. Con la certeza de un eclipse, a esa risa le siguió un tono de barítono masculino y seductor.

Volvió a levantar la pluma. Más risas. Las travesuras de su vecina no debían ser motivo de preocupación para ella. Con un poco de desparpajo, una viuda podía tomarse libertades con las que una soltera no solía atreverse, y por lo que había podido escuchar a través de las paredes compartidas de la casa, lady Henley se atrevía de vez en cuando. Un comportamiento arriesgado. Incluso estúpido. Que hasta podría afectar a la fama de la propia Lucie como vecina. Pero muchos hombres instalaban a las queridas en apartamentos lujosos para obtener placer cuando les apetecía, y todo el mundo miraba para otro lado fingiendo que no pasaba nada...

A través de las cortinas llegó un chillido, por supuesto femenino.

Lucie dejó la pluma sobre el escritorio. Viuda o no, ninguna mujer estaba por encima del escándalo. Y aunque lady Henley no estuviera matriculada en la universidad, sí que tenía contacto con estudiantes femeninas de Oxford por medio de la organización sufragista de la ciudad, por lo que todo lo que afectara a su reputación, también afectaría a las militantes de Oxford, que debían comportarse con una corrección exquisita.

Rodeó el escritorio y descorrió las cortinas. Dos cabezas se volvieron hacia ella, y ella aplicó una mirada helada.

¡Oh, no...! ¡Por todos los demonios del infierno!

La luz de su salón reveló a una entusiasmada lady Henley, lo cual no fue ninguna sorpresa. Pero el hombre... solo había uno en toda Inglaterra con semejantes mejillas.

Sin pensárselo dos veces, abrió la ventana.

—¡Tú! —exclamó.